

Tres oficios que ejercerá el Espíritu Santo

Todo el pensamiento de la Iglesia y de la liturgia, en los domingos después de Pascua, está orientado a los misterios de la glorificación de Cristo: • primero, su resurrección en el día de Pascua; • luego, en el tercer domingo después de Pascua, su próxima ascensión a los cielos, segunda etapa de la glorificación de Cristo: «*Un poco, y ya no me veréis, porque voy al Padre*»; • por fin, en el cuarto domingo después de Pascua, el envío que El ha de hacer de su Espíritu, el Espíritu de verdad, que ha de completar su obra.

Tres pensamientos principales, dos de ellos explícitos, uno de ellos más velado, contiene el Evangelio de ese cuarto domingo, en que Cristo vuelve a reiterar a sus Apóstoles, para consolarlos por su ausencia, la promesa del Espíritu Paráclito, Abogado, Consolador:

- *Que conviene que El se vaya, para poder hacernos tan excelso don.*
- *Qué oficios realizará este Espíritu respecto del mundo, respecto de ellos mismos y respecto de Cristo: oficios con que los Apóstoles resultarán sumamente consolados, asistidos y protegidos.*
- *El modo concreto como el Espíritu Santo ejercerá estos oficios, a saber, a través del misterio de la Iglesia Católica.*

Meditemos estas tres verdades, para excitar en nuestras almas el deseo de conocer mejor a Cristo, sus misterios y sus dones: «*Sabéis que me voy, y ninguno de vosotros me pregunta: ¿Adónde vas?*»; y con el fin de prepararnos mejor a la fiesta de Pentecostés, a la recepción más abundante y fructuosa del Espíritu de santidad y de verdad.

1º Conviene que Cristo se vaya, para que pueda hacernos el don de su Espíritu.

«*Yo os digo la verdad: os conviene que Yo me vaya, porque si Yo no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros; pero si me voy, os lo enviaré*» (Jn. 16 7). ¿Por qué la venida del Espíritu Santo estaba tan íntimamente ligada a la partida de Jesús? Por dos razones, que entenderemos mejor si señalamos en la partida de Nuestro Señor dos momentos muy distintos: • el primero, *su Pasión y su*

muerte, por la que debía ser arrebatado de la vida mortal, y pasar a la vida gloriosa; • el segundo, *su Ascensión a los cielos*, por la que debía ser arrebatado de esta tierra, y pasar al reino celestial.

Pues bien, la venida del Espíritu Santo, en los designios providenciales de Dios, exigía ambos pasos:

1º Requería ante todo la Pasión y previa muerte de Jesús, porque *el don del Espíritu Santo debía ser el fruto principal de la redención*; y la redención debía consumarse con la muerte del Redentor.

2º También requería la ausencia corporal de Jesús por la Ascensión y suprema exaltación de Cristo en la gloria, para que, al ser enviado desde allí el Espíritu Santo, no sólo por el Padre, sino por el Padre y el Hijo sentado a su diestra, *claramente apareciese a la fe de la Iglesia que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo*, y por ambos es enviado sobre las almas para completar el misterio de la Santificación.

2º Oficios que ejercerá el Espíritu Santo en la misión que recibe del Padre y del Hijo.

Una vez que venga, enviado por Jesucristo, el Espíritu Santo ejercerá, según la enseñanza del mismo Cristo, una triple misión: • respecto del mundo, *argüirle de pecado, de justicia y de juicio*; • respecto de los Apóstoles, *enseñarles toda verdad*; • respecto de Cristo, *glorificarle*.

Todo ello, con el fin de consolar a sus fieles discípulos con la consolación más grande que puede concebirse: • la del triunfo de Cristo; • la de la victoria final de los que le sigan; • la de la destrucción total del imperio del demonio.

1º **Misión del Espíritu Santo respecto del mundo:** «*El argüirá al mundo: • cuanto al pecado, porque no creyeron en Mí; • cuanto a la justicia, porque me voy al Padre, y ya no me veréis; • cuanto al juicio, porque el príncipe de este mundo ya ha sido juzgado*».

Estas palabras, a primera vista tan enigmáticas, son más claras de lo que parece. Por ellas Nuestro Señor quiere decirnos que:

• El Espíritu Santo, ante todo, reprenderá a los judíos, y después de ellos, a los paganos e impíos de todos los tiempos, por el *grave pecado de incredulidad* respecto de Jesús y su divina misión. A LOS JUDÍOS, por haberlo rechazado a pesar de su predicación, de los milagros con que les dio pruebas de su divinidad, y del cumplimiento en su persona de todas las profecías. A LOS GENTILES, porque, a pesar de ver la doctrina luminosa de la Iglesia, la santidad de muchos de sus miembros, los beneficios que de Ella han venido para todos los individuos, familias y sociedades, rechazan las invitaciones de la gracia, la combaten, no creen ni quieren creer, y persiguen la quimera de un mundo sin Dios, sin Cristo, sin Salvador.

• Luego probará, en lo tocante a la justicia, la *perfecta inocencia y santidad de Jesucristo*; como si Nuestro Señor dijera: Ellos me maltratarán, a Mí en quien no pudieron hallar el menor pecado, y me condenarán y crucificarán, como si Yo fue-

ra el peor de los criminales; pero mi vuelta al Padre para quedarme para siempre junto a El y mi entrada triunfal en el cielo, que les serán anunciadas el día de Pentecostés, les mostrarán sin réplica que, lejos de ser el odioso seductor, el poseído del demonio y ministro de Belcebú que ellos pretenden, soy realmente el Hijo de Dios, el Justo y Santo por excelencia, y la fuente de toda justicia y santidad.

• Y, finalmente, declarará que *el mundo y su príncipe, Satán, va a ser vencido, juzgado y condenado* por la muerte de Cristo; que toda obra suscitada por el diablo con el fin de combatir a Cristo, y todo hombre que sea satélite y ministro suyo para hacer la guerra a Jesucristo, ya está condenado de antemano a la derrota, a la ruina y al castigo eternos.

2º Misión del Espíritu Santo respecto de los Apóstoles: «*Cuando venga el Espíritu de verdad, os enseñará toda la verdad*».

El Espíritu Santo enseñará a los Apóstoles, y a todos los fieles discípulos de Jesús, todas las verdades necesarias para la salvación, dándoles una plena luz e inteligencia de todas las que El mismo reveló y se contienen en la Sagrada Escritura, y también de todas las que enunció el Salvador mismo.

3º Misión del Espíritu Santo respecto de Cristo mismo: «*El me glorificará, porque recibirá de lo mío y os lo dará a conocer*».

Nuestro Señor Jesucristo glorificó a su Padre por su venida a este mundo, su vida santa, su doctrina, sus milagros, su muerte... Pero a su vez el Espíritu Santo lo glorificará a El: tal es la misión propia del Espíritu de Cristo, y a esta glorificación de Jesús el Espíritu Santo ordena: • tanto la *iluminación* que sobre su persona y sus misterios comunicará a los Apóstoles y almas fieles; • como la *refutación* y *condenación* de los que no han querido creer en El y lo han rechazado.

3º Modo de ejercer el Espíritu Santo estos oficios: el misterio de la Iglesia.

Una cosa asombra en el modo como el Espíritu Santo ejerce su triple oficio: y es que no ha querido hacerlo directamente sobre las almas, como sueñan los protestantes, sino a través de la Iglesia Católica. Así como Dios nos redimió enviando a su Hijo, el cual asumió una naturaleza humana, con la cual expió todos nuestros pecados y nos devolvió la vida divina; así también el Espíritu Santo, enviado para completar la obra de Cristo, lo hará vivificando a la Iglesia, y ejerciendo a través de Ella sus misteriosos oficios.

1º El argumento de que se servirá el Espíritu Santo para argüir de pecado de infidelidad al pueblo judío será el establecimiento de la Iglesia entre los Gentes, y su difusión universal: de este modo, por la conversión de quienes ni siquiera eran pueblo (I Ped. 2 10), se verán confundidos los privilegiados que constituían el pueblo de Dios, que tuvieron la larga preparación del Antiguo Testamento y se beneficiaron de la presencia, doctrina y milagros de Nuestro Señor Jesucristo.

Igualmente, es a través de la Iglesia como Cristo será presentado ante el mundo como el Justo por excelencia, como el Redentor dado por Dios, como el Me-

sías acreditado por Dios. Es el mismo San Pedro el que así lo señala a los judíos desde su primer sermón: «*Sea notorio a todos vosotros y a todo el pueblo de Israel: que en el nombre de Jesucristo Nazareno, a quien vosotros crucificasteis, a quien Dios resucitó de entre los muertos, en este nombre está este aquí sano, delante de vosotros. El es la piedra desechada por vosotros los constructores, la que ha venido a ser piedra angular [Sal. 117 22]. Y en ningún otro se da la salvación, puesto que no existe debajo del cielo otro nombre, dado a los hombres, en el cual hayamos de ser salvos*» (Act. 4 10-12).

También por la Iglesia se manifestará la derrota del diablo: pues por la predicación del Evangelio y la comunicación de la gracia a las almas, obra propia de la Iglesia, queda destruido el imperio del demonio y su dominación sobre las almas, remplazado por el advenimiento del Reino de Dios.

2º **Los Apóstoles, a su vez, serán iluminados el día de Pentecostés como pastores de la Iglesia**, para que por intermediario de la Iglesia: • las almas de todos los tiempos sean adoctrinadas en la verdadera fe; • los errores y las herejías de todos los tiempos sean condenados; • los pecadores sean amonestados de sus pecados y llevados a verdadera contrición y vida santa.

3º De modo que **el Espíritu Santo llevará a cabo su misión de glorificar a Cristo a través de la Iglesia**: la Iglesia es la glorificación perpetua de Cristo Jesús; de su realeza sobre los individuos, familias y sociedades; de sus atributos de Dios, de Rey, de Redentor, de Mesías; de sus misterios y de su sacrificio.

Conclusión.

Con estas verdades consolaba Nuestro Señor Jesucristo a sus discípulos, de la tristeza que habían contraído por el anuncio que les hizo de inminentes persecuciones: «*Os echarán de las sinagogas, y viene la hora en que todo el que os dé muerte, piense estar ofreciendo a Dios un acto de su agrado*». También nosotros, en esta hora de crisis y de persecución dentro de la Iglesia, hemos de consolarnos con estas verdades:

- Ante todo, confiando que por nuestra fidelidad –no sabemos cómo– la Iglesia volverá a argüir al mundo de su pecado, y volverá a mostrar la justicia de Cristo, y la derrota del demonio y de los planes anticristianos.

- También, siendo conscientes de que por la Iglesia el Espíritu Santo no dejará de iluminarnos, fortalecernos, protegernos y consolarnos con la gran abundancia de sus dones.

- Finalmente, ordenando todos estos acontecimientos y nuestras propias personas a la plena glorificación de Jesucristo, al que Dios nos dé la gracia de vernos unidos en esta vida por la gracia, y en la otra vida por la gloria.